

## FEMME CANNELLE NICKOL VALDIVIA IBÁÑEZ

Canela, velas, la mesa preparada, el vino blanco esperando ser destapado, el salmón se gratina a fuego lento en el horno, mientras Francesca afina los últimos detalles de la cena que prepara para su esposo.

Mientras observa cómo se llena la tina con agua, incorpora canela en rama, cáscaras de manzana y clavos de olor, ya que estos aromas despertaban en Piero gran fascinación.

Decidió sumergirse en el agua tibia, quedándose inmóvil, con los poros dispuestos a ser impregnados con ese dulce y suave perfume.

Al salir del agua, lentamente seca su cuerpo, al mismo tiempo que observa las prendas que la esperan sobre la cama: una blusa de seda violeta, ropa interior tan blanca como la cordillera nevada que se aprecia desde el comedor, unas pantys oscuras al estilo bucanera, una falda negra que cubre sus rodillas y, como olvidar las puntillas *Gacel*, que combinan tan bien con esa blusa. Una vez vestida, coge finamente su largo cabello anochecido, para hacerse una cola.

Todo está dispuesto para que la velada sea perfecta, cuando siente la voz de su amado llamándola, corre escaleras abajo para besarlo, él la abraza vigorosamente y le entrega el ramo de Lilas que le llevaba de regalo.

Durante la comida se miraban con fascinación, bien se diría que la sutil mixtura de aromas que flotaban en el aire, provocaba cierto grado de hipnosis en la joven pareja.

Una vez terminada la comida, Piero toma la mano de Francesca, sin dejar de mirarla, comienza a besarla y es ahí cuando percibe su suave perfume, ese toque sensual que adquirió a canela y manzana. La nariz de él, recorre lentamente el brazo, luego el cuello, bajando por su pecho, inhalando con intensidad cada espacio del cuerpo de Francesca.

Ahora ambos duermen en su habitación, rodeados de aroma frutal y toques de canela. Piero sigue donde se concentra la canela, ahí justo en el cuello de Francesca.

\*\*\*

Una vez que abrió sus ojos, la mecedora se detuvo, al mismo tiempo que daba un hondo suspiro, sin dejar de mover sus palillos, recuerda cada detalle de aquella tarde sublime, con una excitante satisfacción.

Ahora su atención se centra en la vista del comedor; luego de un instante, abandona su tejido, se desprende del tiempo, va raudamente hacia la ventana en la que está Piero disfrutando de esa nevada cordillera que los acompañó hace treinta años, cuando sus rostros aún eran tersos, con facciones joviales y cuerpos más vigorosos.

Aunque ahora en la chimenea, el fuego consume poderosamente la leña, ellos están tan enamorados como antes, siguen disfrutando de bellos momentos juntos, de atardeceres inolvidables, junto a la ventana, entre los árboles y plantas de su jardín... entre sus locas historias. Y aunque el intenso color de los cabellos de Francesca se haya esfumado, ella aun conserva el majestuoso perfume a canela y manzana.